Ilustración: Mariel Sanhueza

Región Metropolitana

LOS GANSOS VUELAN LIBRES

Antonia Paz Lagos Novoa

Mi madre siempre fue estricta, estricta en verdad. Tenía una mirada que te congelaba, una mano dura amenazadora y, sobre todo, una tez blanca que provocaba que cada vez que se enfadaba, su piel se volviera tan pálida como las alas de Lucifer.

Se enfadaba si no comía bien; le desagradaban mis juegos y mis zapatos llenos de barro; le molestaba mi voz chillona cada vez que me emocionaba; no le gustaba mi aspecto rebelde, ni tampoco mi gran creatividad. Para ella, estaba muy lejos de ser una señorita. Creo que en algunas ocasiones llegué a pensar que me odiaba.

Mi abuela, por otra parte, siempre fue dulce y amable; era mi cómplice de travesuras y confidente de los chismes del colegio. Cosía que cosía y me hacía toda clase de vestidos. Era la envidia de mis amigas. Mi abuela siempre tenía una mirada amable y un caramelo en su mano derecha, porque según ella, daba buena suerte. Fue mi segunda madre, la que me abrazaba y consolaba; y creo que fue una de las principales razones por la que mi madre se molestaba conmigo.

Verás, mi abuela no siempre fue un pan de Dios. Ella era parecida a mi madre en muchos aspectos al momento de criar hijas, y mi madre tiene severos recuerdos de aquellas situaciones. No sé muy bien la historia, porque mi madre no habla de eso, pero creo que un par de cicatrices en la mano de mi madre fueron provocadas por un cinturón, el cinturón de cuero de mi abuela. Y eso molestaba a mi madre, porque estaba celosa de que yo tuviera todo el amor y cariño de la mujer que se supone que debería de habérselo dado a ella.

Claro, en ese momento yo no lo sabía, era una preadolescente; solo asumí y me cerré a la idea de que tenía que ser como mi madre quería, para mantenerla feliz y contenta. Me esforzaba, lo juro, pero era difícil; yo era distinta y mi madre no lo soportaba.

En una ocasión, mi madre discutió conmigo por desplumar mal un ganso. Estaba furiosa, porque esa noche teníamos invitados, pero yo estaba demasiado distraída como para hacerlo bien, por lo tanto, aquí íbamos de nuevo:

—¡Serás tonta, Elena!¡Plumas por todos lados! Es que no puedo creerlo, ¡niña! Eres un fracaso para esto.

—Madre, yo…

—¡Yo ni que nada! Tendrás que pelar las papas por esto, hacer la ensalada y poner la tarta al horno. Yo estaré ocupada con tu desastre.

—Pero quería salir con la Tere.

—Pues no.

—Pero mamá…

—No es no.

—SIEMPRE ES NO.

—¡NO ME LEVANTES LA VOZ, NIÑA!

—María —dijo mi abuela interrumpiendo—, no le grites así a la niña; ella solo tiene 12 años.

Vi la cara pálida de mi madre ponerse roja de ira y pálida de nuevo. Estuve casi segura que quería tomar un cuchillo y cortarnos a las dos en pedacitos y servirnos a los invitados, pero mi madre es demasiado orgullosa para dejarse llevar así; por lo tanto, se rindió ante mi abuela.

—Te vas a cuidar los gansos, Elena, y pobre de ti si se te escapa uno.

Y así fue como acabé de nuevo en el campo, triste, sin salida con mi amiga Tere, con mi madre molesta y sin comer. Detestaba a mi madre en ese momento, aunque no tenía idea por lo que pasó para tenerme: soportar rumores, todo lo que había sufrido y lo mucho que me amaba. Yo no tenía idea de eso; en ese momento era solo una niña molesta, y como toda niña molesta, la embarraba.

Lancé una piedra lejos para desquitarme y le fue a dar a unos de los gansos. Esto provocó que al menos tres gansos salieran volando lejos completamente aterrorizados. Volaron, volaron y volaron…

Entré en pánico, y sin pensarlo, salí persiguiendo su vuelo. Estaba espantada. ¡Si mi madre se diera cuenta! ¡Si perdía de vista a los gansos! ¡Y si se van tan lejos que no me den las piernas! ¡Y si no vuelven! ¡Y si molestaba a mi madre! Y si...y si.

Caí en un agujero, no era muy profundo, pero lo suficiente como para torcerme el tobillo. Grité y caí al suelo. No podía levantarme y solo pude estirar mi mano para intentar alcanzar los gansos que ya se habían ido lejos. Y me largué a llorar,

no por tristeza, sino por terror y pánico. Estaba sola y con el pie malo; mi madre se enfadaría y sería una decepción de nuevo: Elena, la que siempre la embarra…

No sé cuánto estuve ahí. Perdí la noción del tiempo, mientras intentaba recordar alguna frase de mi abuela para sentirme mejor, pero estaba sola y a oscuras, tan solo con la luna iluminándome, y pensé que podría llegar a quedarme ahí para siempre.

No fue hasta que sentí una mano en mi espalda; me di vuelta aterrada y me encontré con el pálido rostro de mi madre, tan seria que parecía llevar una máscara. Completamente sola, como yo, pero estaba ahí, conmigo. No sé cómo llegó ahí. No sé cómo se dio cuenta de mi tardanza, pero era solo ella, no mi abuela, no mi amiga Tere, no los vecinos, no los gansos. Mi madre, mi estricta y pálida madre, fue la única que vino a buscarme después de mi alocado intento de atrapar un ave libre…

La abracé con fuerza, tanto que no me di cuenta. Estaba llorando y asustada, tenía frío y hambre, pero también estaba tan aliviada. ¡Dios!, tan aliviada.

Mi madre no dijo nada en todo el camino de regreso, solo me llevó en brazos, sin siquiera soltarme un momento, hasta la casa, donde la fiesta seguía, y vi a mi abuela preocupada en la entrada. Mi madre no se separó de mi lado y supe por primera vez, que me amaba.

Antonia Paz Lagos Novoa
13 años
La Florida
Tercer lugar regional